

EL ESTADO INKA Y LOS GRUPOS ETNICOS EN EL SISTEMA DE RIEGO DE SOCOROMA (1)

Calogero M. - Santoro V. () - Jorge Hidalgo Lehuedé (**)
Alfonso Osorio Ulloa (***)*

RESUMEN

Se describen los componentes culturales del canal intervalle Vilasamanani-Socoroma, cuya complejidad hidráulica no había sido observada y descrita en la región árida de los Andes Centro Sur.

El estudio de las evidencias arqueológicas demuestran la coexistencia de etnias costeras y altiplánicas, tal como lo señalan los documentos etnohistóricos, sin embargo se discute la afirmación que los poderosos señoríos altiplánicos tuvieron bajo su dominio a las poblaciones de la costa desde épocas post-Tiwanaku. Se propone como hipótesis alternativa que, durante épocas pre-Inka, los cacicazgos que ocupaban los valles bajos habrían tratado de defender su unidad étnica y política a través de un sistema confederado que prescindió de un poder político central.

ABSTRACT

This article describes the cultural components of the Vilasamanani-Socoroma intervalley canal, a system with a degree of hydraulic complexity that has not been observed elsewhere in the arid region of the South Central Andes.

The cultural components of the Vilasamanani-Socoroma canal system suggest that various ethnic groups shared rights to land and water in these quebradas. However, it is discussed the statement that the powerful kingdoms of the altiplano ruled and dominated the coastal population since post-Tiwanaku epoch. Our Hypothesis propose that during pre-Inka period, the coastal shiefdom attempted to defend their political and ethnic unit through a confederate political system which did not need a central political power.

INTRODUCCION

La literatura arqueológica de la región occidental de los Andes Centro Sur ha dado escasa atención a la complejidad tecnológica y social que encerraba la irrigación de extensas andenerías a lo largo de valles y oasis cordilleranos (ca. 2.000–3.500 m.), que continúan en uso. El estudio de los sistemas de riego, no sólo permite comprobar el desarrollo tecnológico alcanzado por la actividad agrícola en estas áridas regiones, sino también visualizar en ellos una nueva fuente de datos para el análisis de la interacción de distintas etnias y estructuras políticas que disputaban y convenían derechos en los restringidos espacios agrícolas de los valles occidentales. Estos, presentan las mejores disponibilidades de agua y los límites altitudinales para la agricultura subtropical de gramíneas, cereales y frutas. Varios grupos étnicos de las tierras altas y de la costa debieron compartir el aprovechamiento de las condiciones microclimáticas de valles como Socoroma. El acceso directo al cultivo de este tipo de

(*) Arqueólogo, Departamento de Arqueología, Facultad de Estudios Andinos, Universidad de Tarapacá, Casilla 6–D, Arica, Chile.

(**) Etnohistoriador, Departamento de Antropología, Geografía e Historia, Facultad de Estudios Andinos, Universidad de Tarapacá, Casilla 6–D, Arica, Chile.

(***) Ingeniero Agrónomo, Instituto de Agronomía, Universidad de Tarapacá, Casilla 6–D, Arica, Chile.

espacios por varias etnias (Murra, 1986: 50) debió quedar reflejado de alguna manera en los restos materiales que debiera ser posible documentar a través de análisis arqueológicos.

El sistema de riego de la quebrada de Socoroma, tal como se observan sus restos en la actualidad y cuyas características geográficas se describen más adelante, está compuesto por un complejo sistema de irrigación que incluye canales conectados a las vertientes ubicadas en la parte alta de la quebrada, algunos de los cuales todavía se encuentran en uso. Estos aportes locales de agua fueron incrementados por dos canales intervalle. El primero, trasvasó aguas desde la quebrada de Vilasamanani hasta la cuenca de Socoroma con un canal de ca. 15 kms. y sirvió para irrigar extensas andenerías en la ladera sur de Socoroma. El segundo canal intervalle, trasvaso aguas desde la quebrada de Jurasi, recorriendo parte de la quebrada de Aroma hasta alcanzar la de Socoroma. Al menos cinco poblados (Jarizmalla, Socoroma, Pueblo Perdido, Cachuchatiza y Coca, Lam. 2) habrían concentrado la población vinculada con la actividad agrícola desarrollada, datadas desde épocas post-Tiwanaku. Este desarrollo prehispánico tardío culmina con la presencia incaica, lo que coincide con una intensa ocupación, testimoniada en poblados, tambos y recintos de almacenaje (colcas) conectados a la red vial incaica, de la que se conservan clásicos vestigios a la salida de Socoroma (Santoro, 1983).

El presente trabajo se concentra en los datos arqueológicos preliminares asociados a la obra hidráulica de trasvase Vilasamanani-Socoroma y a los recintos habitacionales de Jarizmalla y Coca. Se analizan en su contexto étnico y político a la luz de datos etnohistóricos inéditos para los altos de Arica. La descripción de los aspectos hidráulicos del canal de trasvase Vilasamanani-Socoroma la efectuaron Osorio y Santoro (1987).

El asentamiento de Jarizmalla corresponde a un conjunto de estructuras circulares y un lito o menhir ubicados en la parte media del canal, sobre la ladera oeste del cerro Jarizmalla. En la localidad de Coca, ubicada en la parte baja del valle de Socoroma, se localiza el segundo asentamiento. Se trata de un poblado de altura donde se asocian, en superficie, al menos cinco estilos de cerámica tardía: Chilpe, Pocoma, Saxamar, Gentilar, San Miguel, representativas de etnias costeras y altiplánicas, cuya dinámica de articulación política se analiza en una perspectiva temporal, en combinación con los datos etnohistóricos.

El trasvase Vilasamanani-Socoroma representa un alto nivel de complejidad hidráulica, que no se había descubierto en esta región árida de los Andes. Obras de este tipo formaban parte de las estrategias tecnológicas en los Andes Centrales, asociadas a estructuras políticas de mayor complejidad y envergadura (e.g., canal La Cumbre, Ortloff, 1981; Ortloff et al. 1982; Pozorski y Pozorski, 1982). Sin embargo, Netherly (1984) documenta un caso para la costa norte peruana (Chimu e Inka-Chimu) donde el manejo del sistema hidráulico no estuvo centralizado en la burocracia estatal, sino que fue controlado por niveles intermedios de la estructura política. Este ejemplo, permite preguntarnos si el uso y manejo de estos sofisticados conocimientos hidráulicos en esta región periférica de los Andes fue un logro alcanzado por los cacicazgos que habitaban los valles costeros, o si estas obras fueron parte de las innovaciones tecnológicas de los reinos altiplánicos que requerían de mayor productividad en los estrechos valles del Pacífico. Se discute, a modo de hipótesis, si a través de estas tecnologías los cacicazgos locales trataron de establecer economías autosuficientes sobre la base de la explotación de recursos de la costa, valles bajos y cordilleranos y el altiplano occidental (2). Del mismo modo, se analiza si la distribución espacial de los estilos San Miguel, Pocoma y Gentilar en poblados

estratégicos y defensivos corresponde a una delimitación del espacio que estas poblaciones trataron de controlar políticamente, para enfrentar la presión de los poderosos reinos altiplánicos.

Las evidencias que se analizan ofrecen características ideales, ya que en su conjunto representarían una situación de multiétnicidad, cuyas características tratamos de resolver en este trabajo. El valle con sus escasos recursos hídricos ofrecía pocas expectativas económicas; pero la existencia de un microclima, motivó el asentamiento de poblaciones que hicieron un uso agrícola intensivo de los terrenos, desarrollando para ello una alta tecnología de riego y mano de obra bien organizada, condiciones que no pudieron provenir de un solo grupo étnico. De allí entonces que debieron surgir acuerdos políticos efectuados entre ellos. Estas circunstancias convirtieron a este valle en un área de explotación agrícola deseada y reclamada por distintos grupos étnicos como los Caranga y Yunga de la costa, según se desprende de la documentación etnohistórica.

¿Qué otros grupos étnicos o políticos habrían tratado de establecer o convenir derechos en este valle? , ¿Cómo fue que estos grupos interactuaron entre sí? y, ¿Cuándo se comenzó a desarrollar la irrigación tecnificada?

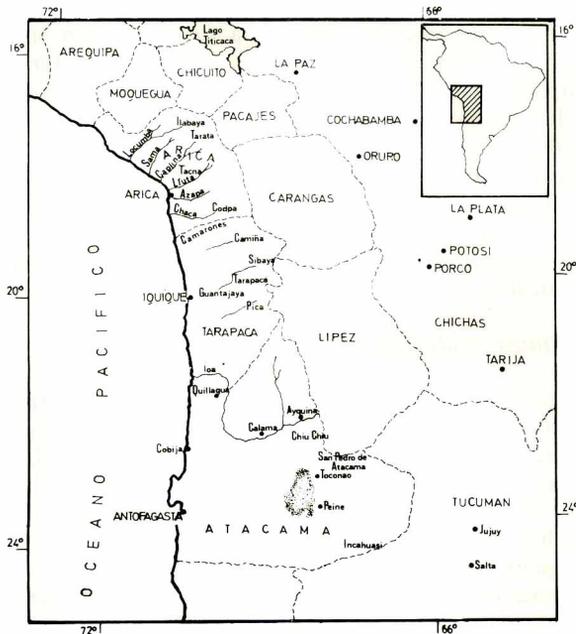
Recientemente Hidalgo (1986; 1987) ha documentado la existencia de al menos siete grupos coexistiendo en la región de Arica en el siglo XVI. Esta situación debe representar una realidad originada y derivada de épocas inka y pre-inka, más que una mera consecuencia de las transformaciones provocadas por la administración europea. Hidalgo (op. cit. :290) sugiere que en tiempos pre-hispánicos las unidades étnicas o políticas se organizaban en sistemas de archipiélagos cuyos extremos se entremezclaban, derivando en la formación de sistemas de jurisdicciones territoriales compartidas. En relación a Socoroma, las fuentes señalan la reclamación de territorios por parte de los Caranga, los que seguramente tuvieron colonias en dicha quebrada junto a otros grupos que la documentación no menciona claramente. Sin embargo, la composición étnica y política reflejada en la documentación etnohistórica temprana, no necesariamente, representa una situación sin variaciones en el período pre-hispánico tardío. En Osmore por ejemplo, Departamento de Moquegua, la ocupación Lupaca, claramente señalada en la visita de Huanuco, fue antecedida por colonias Collas del Noroeste del lago Titicaca, de acuerdo a los datos arqueológicos (Stanish, 1986).

De la misma manera, como ocurre en Osmore, la administración Inka, a través de los reinos altiplánicos habría llegado a controlar el uso intensivo de quebradas como la de Socoroma en los altos de Arica, aprovechando las instalaciones y capacidades tecnológicas y mano de obra desarrolladas previamente por las poblaciones de origen local.

Ocupación multiétnica, evidencias etnohistóricas de Socoroma

La secuencia arqueológica de Arica en el sector costero muestra en el período que corre desde 1.100 hasta 1.350 d.C., la predominancia de grupos locales andinos, cuya impronta ceramológica se reconoce en los tipos San Miguel, Pocoma y Gentilar. Estos grupos locales se han identificado con la población que las fuentes históricas reconocen como Yunga (Hidalgo, 1986: 17-22), lo cual indica que, al menos, remanentes de ellos alcanzaron hasta el período hispano. Sin embargo, esta predominancia de Yunga en el período preincaico, que se aprecia en numerosos sitios de la costa, sierra y puna demarcando un área que se extiende desde Moquegua hasta Tarapacá no impidió la penetración de otros grupos. Es el caso de los portadores de

la cerámica Maitas, Cabuza y Loreto Viejo entre 1.000 y 1.200 d.C.; luego de quienes trajeron la cerámica Chilpe hacia los 1.200 d.C. y, más tarde, Saxamar identificada claramente con los grupos altiplánicos incanizados (Llagostera, 1976: 208) que después de su arribo llegaron a ser predominantes en la puna, sierra y costa hacia los 1.450 d.C. La existencia de derechos compartidos sobre diversos pisos ecológicos para satisfacer el ideal andino de un acceso simultáneo a recursos que complementaban la economía altiplánica de varios grupos étnicos ha sido demostrado para esta zona por Murra, especialmente usando el caso de los Lupaca (Murra, 1972). Sin embargo, los estudios más recientes si bien confirman la validez del modelo de Murra en esta área han puesto un mayor énfasis en la presencia del grupo Caranga, con su capital Turco, quienes aparentemente, habrían impuesto sus autoridades y mitmakunas sobre la población local (Lám. 1) (3). En efecto, el cacique del valle de Lluta, Calloa, dependía claramente de Chuqui Chambe señor de la mitad de arriba de los Caranga. No cabe duda, que la población yunga se encontraba sometida a grupos altiplánicos como los caranga, a juzgar por las evidencias arqueológicas funerarias del valle de Lluta, donde se ha detectado la asociación de rasgos gentilic e inka (1) y, por el dato histórico del predominio de Calloa. Es precisamente, esta situación de predominio político establecido por el Inka a través de algunos reinos altiplánicos como los Lupaca (García Diez de San Miguel 1964 [1564]) y ahora Caranga, lo que ha motivado la sugerencia que este predominio altiplánico se mantuvo sin variaciones desde épocas post-tiwanaku (ver Lumbleras y Amat, 1968; Lumbleras, 1974; 1981). Los lupaca, por ejemplo, arguyeron que “de tiempos inmemoriales ellos habían controlado la vertiente occidental de las montañas hasta la costa de Arequipa” (Hidalgo, 1986: 17). ¿Cuál fue la profundidad temporal y dinámica de este control? A nuestro juicio las fuentes arqueológicas deberían tratar de aclarar este tipo de problemas.



María Rostworowski (1986) ha resaltado que la instalación de colonias altiplánicas en la zona de yungas costeros tuvo claramente ingredientes de violencia. Allí se estableció no una relación de reciprocidad, pues los costeros no recibieron nada del altiplano, por el contrario perdieron recursos económicos y el control político de su propio territorio, que habrían logrado establecer desde tiempos post-Tiwanaku (ca. 1.000–1.200 d.C.). La relativa debilidad demográfica de los grupos costeros les impidió plantearse en igualdad con los poderosos reinos altiplánicos incanizados, especialmente si estos estaban muy próximos. Su presión debió sentirse con mayor fuerza en aquellos lugares que se tornaban atractivos y estratégicos para la obtención de recursos complementarios por disponer de recursos permanentes de agua, como parece ser el caso de los establecimientos Inca en Lluta, el sector de Azapa regado por las vertientes La Media Luna y La Mita Chica (Santoro y Muñoz, 1981: 146) y el área de Socoroma.

Muñoz et al. (1988 Ms.) presentan una hipótesis distinta y señalan que la coexistencia de grupos altiplánicos y costeros habría “favorecido la formación de alianzas y la canalización de situaciones de solidaridad y paz social” (Muñoz, et al., 1988). Mientras tanto, de la presentación de los datos de la zona de Belén (Dauelsberg, 1983), se desprende que ni el clima de violencia sugerido por Rostworowski o de paz social en los términos de Muñoz et al. (op. cit.) pudieron tener lugar, puesto que todas las poblaciones en discusión, se ordenan en una secuencia cronológica lineal, que excluye la posibilidad de coexistencia de más de un grupo cultural en cada época (Dauelsberg, 1983: 81-82).

Por su parte, la calidad aún insuperada, de los datos presentados por Niemeyer, Schiappacasse y Solimano (1972-73: 120-121) ilustran y confirman la proposición de Rostworowski. Niemeyer et al. (op. cit.) lograron determinar durante la fase tardía preinca, datada en (ca. 1.200 d.C.), la coexistencia de dos sociedades diferentes: una de origen costero asociada a los estilos cerámicos San Miguel, Pocoma y Gentilar, que obviamente corresponde a la población yunga definida por Hidalgo (1986) y Rostworowski (1986). La otra población coexistente es de origen altiplánico asociada a los estilos cerámicos negro sobre rojo y Chilpe. También Dauelsberg (1972-73: 20) analizando los datos de Junius Bird (1943) ratifica que la cerámica Pocoma, Gentilar y Chilpe aparecen asociadas, estratigráficamente, en el corte del conchal-sector norte-de Playa Miller, excavado por Bird. Las poblaciones portadoras de estos estilos cerámicos habrían compartido y disputado, al mismo tiempo, espacios y derechos no sólo en el valle de Camarones, sino también en la costa y otros valles de la región. Niemeyer et al. (op. cit.) concluyeron con mucha anticipación que: “la localización estratégica y los dispositivos de defensa de estos poblados estarían indicando que los contactos entre estas dos sociedades [litoral y altiplánica] derivaron, en determinadas oportunidades, en acciones bélicas caracterizadas por ataques sorpresivos” (Ibid: 123). Esta situación de beligerancia, pre-inka, demostraría que en esa época ambos grupos todavía mantenían independencia política; situación que se repetía tanto en Arica como así también en Moquegua (Stanish, 1986). En el período Inka, los señorías altiplánicas habrían sobrepasado a los cacicazgos costeros tomando el control político de todo el territorio, sin que con ello dejaran de existir las diferencias étnicas.

El predominio caranga en determinados puntos del territorio no impedía que otros grupos pudieran ocupar otros sectores de los mismos valles, especialmente en la costa (ver Hidalgo y Focacci, 1986). Sin embargo, es claro que prefirieron instalarse en espacios ya domesticados y en los cuales los costeros tenían los mejores estándares productivos.

El caso de Socoroma es especialmente interesante, pues se le menciona en la documentación colonial como un pueblo que dependía del corregidor Caranga y de los caciques de Turco, a pesar de estar ubicado claramente dentro de la jurisdicción del Corregimiento de Arica. En efecto, en 1612; cura, caciques y principales del pueblo de Hatun Caranga solicitaban al Rey que ordenara que los caranga que estaban en los altos de Arica desde antes de la visita de Toledo se redujeran al pueblo de Tocoroma (Socoroma) donde tenían tierras para sembrar. La mención a la visita de Toledo alude a una época anterior al proceso de concentración de la población andina en reducciones a pueblos y en consecuencia, refiere con toda probabilidad a una situación prehispánica, cuya profundidad temporal no ha sido documentada en la zona de estudio. Incluso el documento es más enfático y señala que Socoroma estaba sujeta a los corregidores de Caranga y a los caciques de Turco y que sus habitantes debían desde allí acudir a la mita de Potosí, trajín de barras de plata y azogue y a las demás obligaciones que tenían los caranga. Cabe enfatizar que la provincia de Arica no estaba comprendida entre las que debían enviar mitayos a Potosí. Sin embargo, en la mentalidad tradicional de los caranga su gente dispersa en los altos de Arica, pero susceptible de concentrarse en Socoroma, donde junto a otros grupos habían compartido esfuerzos en el cultivo e irrigación tecnificada de la tierra, debía colaborar con ellos en todas sus obligaciones (mita, tributo, trajín de azogue, etc.). Es natural que los caranga avecinados en los altos de Arica, probablemente por varias generaciones, desarrollaran una mentalidad distinta a la tradicional y vieran en el establecimiento de los límites provinciales coloniales una oportunidad para evadir las pesadas cargas fiscales a las que estaban obligados los miembros de su grupo étnico. Por otra parte, la misma mentalidad europea que tendía a aislar los territorios dentro de los límites artificiales impuestos por la división administrativa colonial, condujo al corregidor de Arica a oponerse a la intromisión de autoridades de su mismo rango en su provincia (5). Obviamente, para el corregidor de Arica, los recursos humanos caranga y de otros grupos que poblaban los altos de Arica junto a la población local, eran una fuente de mano de obra que cobraba mayor importancia en una época de descenso demográfico de la población nativa. El documento de 1612 expresa la queja de los caranga, que su gente apoyada por el corregidor de Arica se había alzado en esta provincia y que no reconocían a su corregidor ni caciques (de caranga), no pagaban tasas y tampoco servían la mita de Potosí (A.G.I. Charcas 49, 1610-1612). Claramente el documento muestra el enfrentamiento entre dos lógicas: una que enfatizaba la etnicidad y "verticalidad", con otra que privilegiaba la jurisdicción sobre territorios cerrados, impermeables, sujetos a una sola autoridad administrativa central. Entre ambas aparece una población que aprovecha la oportunidad para evadir parte de la presión fiscal hispana a costa de romper sus lazos étnicos e integrarse a una etnia en formación: la de los habitantes de los Altos de Arica. No cabe duda, que los caranga se encontraban en diversos puntos de los altos de Arica, incluido Codpa mencionado específicamente en el título del encomendero de Caranga, Lope de Mendieta. También los encomenderos de Tacna, Lucas Martínez y Pedro Pizarro se repartieron entre sí los mitmas caranga de Codpa en 1559 (Trelles 1982), pero a diferencia de las referencias anteriores la mención específica de 1612 indica que en Socoroma los caranga se sentían con mayores derechos que en otros puntos de la sierra de Arica, probablemente por su mayor compromiso y esfuerzo invertido en la construcción de las obras de riego y terrazas que estudia este trabajo

Aparte de las referencias específicas de caranga en los altos de Arica, existen otras referencias coloniales que mencionan la presencia de Pacaje en la región, pero

no se indican puntos específicos dentro de ella (A.N.B.E., 1661-16, f. 47-52r y f. 56061r). No obstante, estas fuentes señalan que hasta mediados del siglo XVII, pacaje nacidos en Arica continuaban siendo vistos como pacaje y no como pertenecientes a la jurisdicción de Arica, constituida por los remanentes de la población yunga costera. En consecuencia, se puede proyectar hacia el pasado esta presencia pacaje y pensar que pudieron estar también en el sector de la sierra de Arica hacia la época Inka-española, coexistiendo con yunga y caranga.

Si el modelo de convivencia pluriétnica del valle de Lluta en 1540 puede aplicarse a Socoroma, con el cual histórica y etnográficamente aparecen vinculados (Hidalgo et al., 1988 Ms.), un remanente de población yunga (asociado a la cerámica de desarrollo local: San Miguel, Pocoma, Gentilar) debió estar presente y probablemente sometida a autoridades étnicas caranga. Es probable que los yunga conservaran las autoridades de sus propios ayllus, como sucedía en Tarata o Inchichura en esa misma época (Hidalgo, 1986; Rostworowski, 1986), pero las autoridades superiores del valle fueron de origen altiplánico.

Parece lógico que el aumento de la población por inmigración de colonos necesitados de tierras y agua debió implicar un nivel de competencia por los recursos limitados, aunque se introdujeran cambios tecnológicos significativos. Probablemente, esta última fue la opción elegida por la población altiplánica incanizada pero —como nuestro estudio trata de demostrar— sobre una inversión tecnológica pre-existente.

La tradición recogida por Lozano Machuca ([1581] 1965: 62) de proyectos incaicos de riego no finalizados, que a pesar de mezclar realidades geográficas distantes como el río Mauri (altos de Tacna) con el valle del Algarrobal en Tarapacá, indican que los inka continuaron mejorando y ampliando nuevos proyectos de irrigación que se desarrollaron paralelamente a los ya existente, por la urgencia de aumentar los territorios bajo riego, para satisfacer las necesidades estatales y locales.

El testimonio de Bibar es coincidente con estas consideraciones. “En esta provincia [de Tarapacá] hay ríos que proceden de las sierras y cordillera nevada, que atraviesa por toda esta tierra... y los naturales tienen abiertas muchas acequias de donde riegan sus sementeras”. (Bibar, [1558] 1966: 8-9) (6). Estas acequias sólo regaban las superficies al interior de cada valle puesto que: “todo el compás de tierra que está fuera de los valles es estéril y despoblado y de grandes arenas” (Ibid: 9). Estas descripciones documentan que los conocimientos hidráulicos para mover aguas a lo largo de una quebrada o valle estaban fuertemente arraigados en la población prehispánica local. Sin embargo, las fuentes documentales (Hidalgo, 1985; 1986; 1987) no mencionan obras hidráulicas complejas como el trasvase de aguas de un valle a otro, pero sí, proyectos relativamente tempranos en la época colonial, 1620, tan complejos como traer agua desde las lagunas de Parinacota y Chungará hasta el valle de Azapa, utilizando la mano de obra indígena de los altos de Arica. Cabe preguntarse. ¿Hasta qué punto estas ideas europeas no fueron sugerencia de los propios trabajos y tecnologías andinas que aún estaban vigentes en aquella época?

DESCRIPCION DE LA OBRA

El Medio Geográfico

La sección piemontana del gran macizo montañoso de los Andes Occidentales o Cordillera Central de Chapiquiña presenta una serie de vertientes o puños que dan

origen a pequeños cursos de aguas que avanzan por quebradas que se profundizan en las pampas adyacentes. Algunas de éstas, como la vertiente de Vilasamanani, se pierden en las arenas del desierto de la depresión intermedia sin alcanzar a desaguar en los cursos de las quebradas mayores. En consecuencia, la canalización de estas vertientes es una alternativa atrayente para mejorar las deficiencias de agua en quebradas con microclimas como Socoroma (Lám. 2).

Este valle es un profundo y estrecho cañón, con laderas de más de 200 metros de altura, lo que condiciona un microclima menos helado y más protegido en relación a otras quebradas abiertas de la Sierra (e.g., Putre, Belén). Estas condiciones se ven perjudicadas por la falta de aportes directos de agua desde alguna cuenca altiplánica. El río Socoroma se origina en una vertiente al interior de la cordillera y actualmente permite regar no más de 60 ha. (Klohn, 1972: 56), con cultivos de altura y valles intermedios (e.g., maíz, papas, orégano).

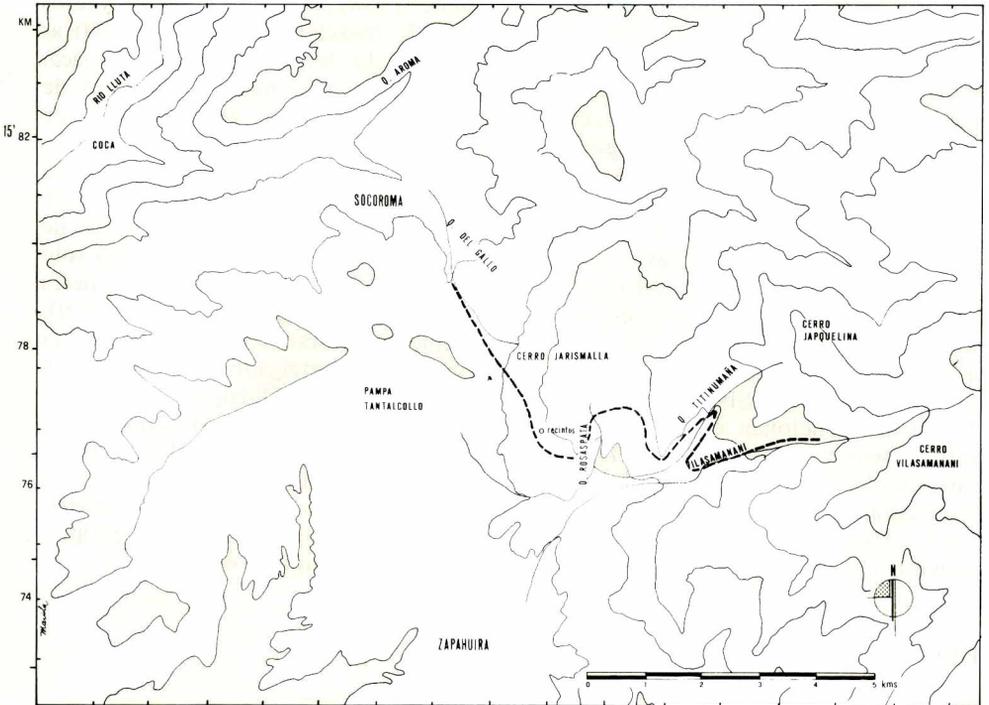


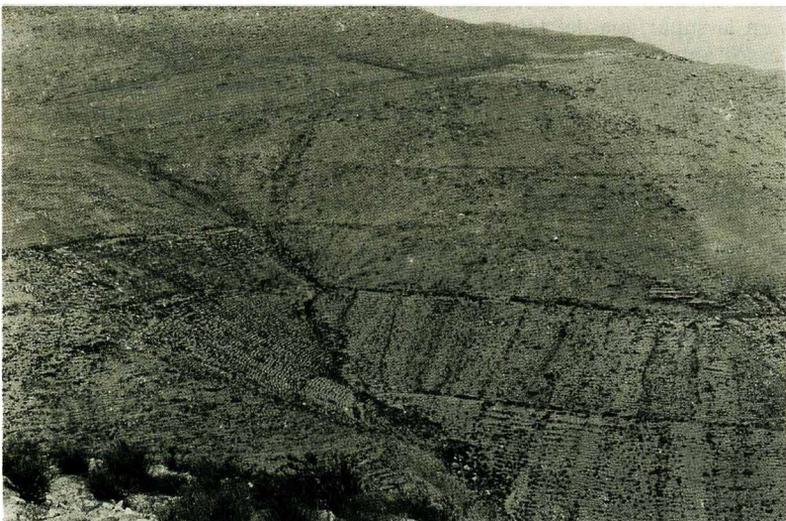
Lámina 2: Ubicación canal de trasvase Vilasamanani-Socoroma y poblados asociados. (Ver diamante).

Los aportes traídos desde Vilasamanani habrían permitido, en épocas pre-colombinas, incorporar una amplia franja de andenerías de 200 a 300 m. de ancho y varios kilómetros de largo, lo que probablemente duplicó o triplicó la superficie actual de cultivo.

Trazado del canal

El canal nace en el curso medio de la quebrada de Vilasamanani y en su recorrido atraviesa las quebradas de Titinumaña y Rosaspata y otras menores hasta conectarse con la quebrada El Gallo en la vertiente sur de Socoroma. Aguas abajo el canal es encauzado para alimentar cuatro canales principales que llevan agua a distintos niveles de la ladera sur de la quebrada de Socoroma, conectados a canales verticales que regaban las extensas andenerías, que alcanzaban hasta la localidad de Coca cerca de la unión con el curso medio del río Lluta (Lám. 2 y 3).

El canal tiene una longitud aproximada de 15 kms. desde la bocatoma hasta la quebrada El Gallo. Desde allí, la red se extiende por una longitud de ca. 10 kms. Para sortear innumerables quebradas, bajadas de agua y otros accidentes fue necesaria la aplicación de diferentes soluciones técnicas tales como diques permeables, dique/canal interceptor y saltillos. Estas estructuras hidráulicas presentan varios metros de profundidad y longitud dependiendo de las características del accidente. El primer tipo de dique permitía sortear las quebradas mayores, mientras que el segundo tipo se aplicaba a las quebradas menores captando, al mismo tiempo, aguas adicionales que incrementaban el caudal original. El canal construido enteramente de piedra habría permitido conducir un caudal muy superior al que actualmente escurre por la quebrada de Vilasamanani, que no supera los 5 lt/seg (Osorio y Santoro, 1987).



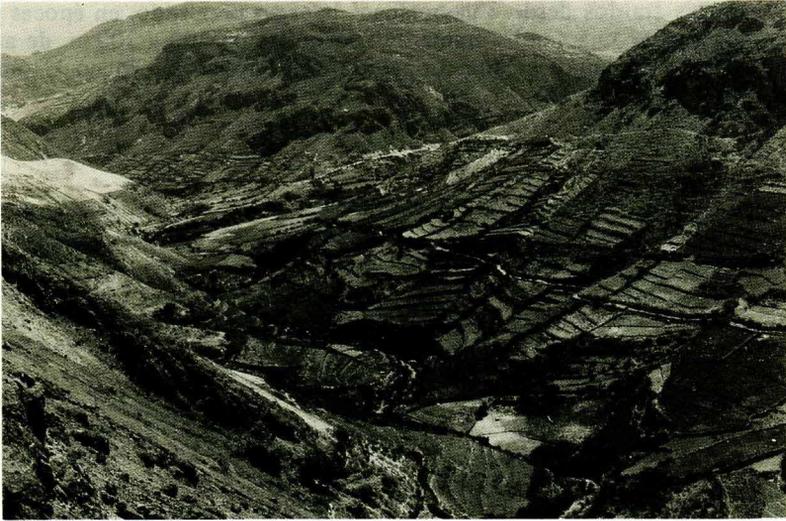


Lámina 3: Andenerías y canales prehispánicos ladera sur de Socoroma.

Andenería

Los andenes presentan distintas formas y tamaños dependiendo de las condiciones del terreno y, probablemente, del tipo de cultivo a que estuvieron destinados. De acuerdo a estas características es posible distinguir tres tipos: 1) andenes de escalonamientos de baja altura (50 cm. aprox.) y una plataforma de 1 m. de ancho, ubicados en la parte media y baja de la ladera. Se asocian a estos, andenes de mayor tamaño que quiebran las proporciones y uniformidad de los más pequeños. 2) andenes de escalones más altos (70 cm. a 1 m. de alto), ubicados en terrenos más escarpados. 3) otro tipo de terreno preparado para el cultivo corresponde a largos trechos en la superficie del talud que no fueron sustancialmente modificados, como en los casos anteriores. Los espacios de cultivo aparecen demarcados por pequeñas pircas de piedra, denominadas “patiao” entre los habitantes locales. Este tipo de “andenería” tiende a ubicarse en la sección más alta de la franja cultivada.

EVIDENCIAS CULTURALES

El canal fue recorrido en toda su extensión, recuperándose escasos fragmentos de cerámica. Sin embargo, se reconocieron cinco áreas habitacionales vinculadas con el sistema hidráulico (Lám. 2). La primera corresponde a un conjunto de dos estructuras localizadas en la ladera oeste del cerro Jarizmallá. Los otros emplazamientos se ubican en la parte baja del valle de Socoroma en una extensión de ca. 10 kms. entre las inmediaciones de la quebrada El Gallo y la unión con el Lluta (Lám. 2). En este sector, la segunda área habitacional localizada en el sector de Coca, corresponde a un poblado de altura de características defensivas. El tercer emplazamiento, con pocas posibilidades de ser estudiado, está cubierto por el actual pueblo de Socoroma, cuya salida sur está franqueada por un camino empedrado de típica construcción Inka (Santoro 1983). Esta aldea prehispánica pudo estar relacionada con el refugio de

cumbre del cerro Cachuchatiza, que se eleva sobre el flanco sur del poblado y representa el cuarto emplazamiento.

En la pampa de interfluvio entre Socoroma y Aroma se localiza el quinto pueblo prehispánico conocido localmente como "Pueblo Perdido". Se trata de un conjunto de amplias estructuras circulares asociadas a estructuras menores, dispersas en una suave ladera que enfrenta hacia el noreste la quebrada de Aroma. La cerámica observada en superficie corresponde a los estilos Gentilar y Chilpe (pertenecientes a las etnias yunga y altiplánica respectivamente). El área está afectada por un intenso fallamiento geológico. Por el lado este del poblado, Pueblo Perdido, corría el canal intervalle Aroma-Socoroma; inutilizado por efecto de los fallamientos, que en algunos sectores ha provocado diferencias de altura en la línea del canal de más de tres metros. En este caso, contrariamente a lo que ocurre con el canal Chimú Chicama-Moche, La Cumbre (Ortloff, 1981; Ortloff et al. 1982; Pozorski y Pozorski, 1982), no cabe duda que este fenómeno de fallamiento alteró el trazado del canal prehispánico. Esta actividad telúrica persiste con tanta intensidad que los campesinos del valle todavía deben luchar para mantener en uso nuevas versiones del canal de trasvase Aroma-Socoroma. Este canal intervalle formaba parte de uno mayor, de data prehispánica, que traía aguas desde Jurasi, afluente de la quebrada de Putre, hasta Socoroma. Este canal mayor quedó en desuso a comienzos de este siglo a consecuencia de litigios entre las comunidades de Putre y Socoroma (Klohn 1972: 56).

Los emplazamientos habitacionales de Jarizamalla y Coca fueron excavados parcialmente. Empero, los indicadores culturales que se describen a continuación, sirven para discutir la identificación de los componentes étnicos comprometidos en la explotación del valle de Socoroma y su interacción política.

Recintos cerro Jarizamalla

Este conjunto se ubica en la explanada de un promontorio rocoso que sobresale en la ladera oeste del cerro Jarizamalla, que enfrenta la pampa de Tantalcollo. El conjunto está compuesto por dos recintos circulares, un pequeño montículo de basuras y un monolito de piedra localizado en la parte central de la explanada. Ambas estructuras, construidas con mampostería simple de piedras de no más de un metro de altura, presentan escasos restos de ocupación en superficie y no hay evidencias de acumulación de basuras. En el recinto circular mayor (15 x 20 m. de diámetro) se registró un batán y tres emplantillados o acumulamientos de piedras de funciones desconocidas. Esta estructura debió ser utilizada como un reparo colectivo de descanso por quienes tuvieron la responsabilidad de construir, reparar y mantener el canal (Lám. 4).

La estructura circular menor (2,5 m. diámetro) probablemente, pudo servir como recinto de cocina. Las basuras fueron acumuladas en un depósito exterior del que sólo se conserva un pequeño montículo de 1,80 m. de diámetro y una profundidad de 10 cm. Aunque parte de estos sedimentos fueron arrastrados producto de la erosión fluvial, la simpleza arquitectónica, la escasez de desechos señalan más bien cortas temporadas de ocupación.

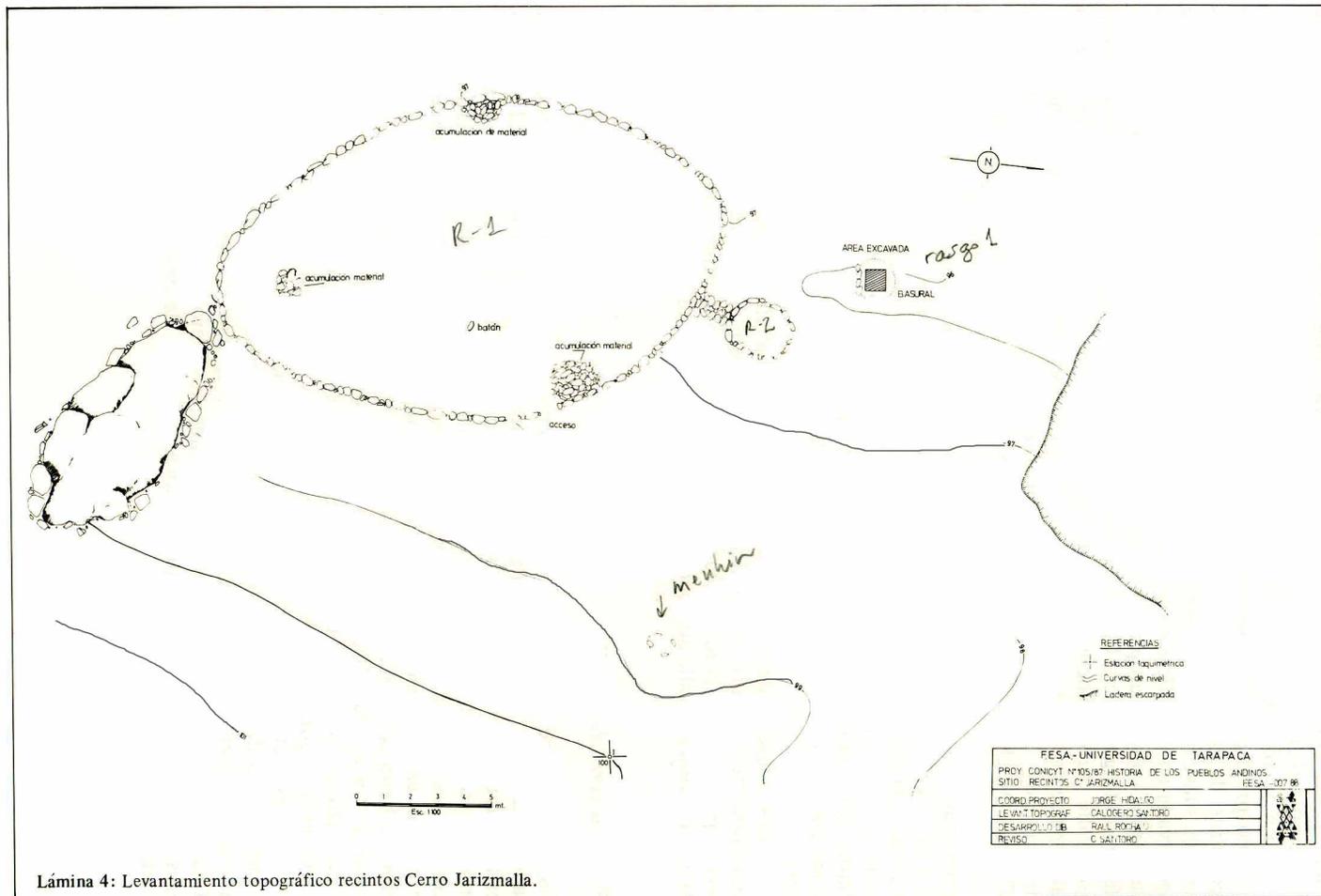


Lámina 4: Levantamiento topográfico recintos Cerro Jarizmallá.

A unos siete metros al este de la entrada del recinto mayor llama la atención un menhir acuñado sobre tres rocas pequeñas. El monolito mide cerca de un metro de altura y, todo el conjunto no se eleva más de 1,15 m. Evidentemente se trata de una obra de origen cultural, considerando la intención de colocar este monolito en la parte central de la explanada, rodeada de una superficie llana y limpia de un radio de unos 7 a 12 metros. Este monolito no tiene funciones utilitarias; sin embargo, no hay evidencias adicionales para sugerir con mayor propiedad una posible función ceremonial en relación, por ejemplo, a los turnos de riego y calendario agrícola de Socoroma.

La muestra de cerámica obtenida, tanto en la excavación del montículo como en la superficie de los recintos de Jarizmallá permite identificar los grupos étnicos que tuvieron directa participación en el uso del canal. La Tabla 1 muestra un claro predominio de los estilos cerámicos Gentilar y Pocoma sobre el estilo Chilpe. Por otro lado, análisis de seriación de la cerámica, complementada con la evidencia estratigráfica, señalan un predominio inicial de pastas gruesa e intermedia, tecnología que se reconoce en los tiestos fabricados por los artesanos de los cacicazgos yunga. Tiestos de cerámica de pastas finas, aumentan su proporción en la parte superior, más tardía, de la estratigrafía y corresponde a las innovaciones tecnológicas portadas por poblaciones de los reinos altiplánicos incanizados, patrón que se reconoce en otros sitios de la zona (Focacci, 1969: 24-25). Esta evidencia está demostrando la prevalencia de población perteneciente a cacicazgos costeros en el uso y mantención del canal. ¿Cuál es la profundidad temporal de este manejo?, ¿Podría asumirse, sobre la base de las evidencias cerámicas, que ingenieros hidráulicos dependientes de los señoríos locales habrían diseñado y construido el canal?, ¿La población local continuó teniendo derechos sobre el canal a pesar de la irrupción de los grupos o señoríos altiplánicos incanizados que tomaron el control político del territorio?, ¿El acceso al uso de recursos tecnológicos de este tipo, habrían permitido la sobrevivencia de los grupos costeros hasta tiempos post-europeos, donde aparecen "ocultos" bajo la estructura política dominante del inka y más tarde colonial.

Tabla 1.

COMPONENTES CULTURALES, RECINTOS CERRO JARIZMALLA,
CANAL VILASAMANANI-SOCOROMA

	Recinto Mayor Cerro Jarizmallá	Exterior recintos Cerro Jarizmallá	Montículo	
			E-1	E-2
Cerámica sin decorar	7	66	60	11
Cerámica decorada				
Gentilar		9	1	
Pocoma		3		
Chilpe		1		
Lasca		1	7	1
Raspador	1			
Desecho percusión			7	
Batan	1			
Frag. óseos			43	24
sin identificar				
Restos vegetales			x	
sin identificar				
Guano camélido			x	

Poblado de Coca

Ubicado sobre un abrupto promontorio rocoso en la ladera norte de la quebrada de Socoroma. El poblado se distribuye en una franja de 90 m. de ancho, ubicado entre 2.810 a 2.890 m.s.n.m. El emplazamiento está compuesto por una serie de grandes recintos circulares y semicirculares dispersos, acomodados a la irregular pendiente del terreno por lo que debieron levantarse murallas de hasta dos metros de altura, que permitieran la formación de plataformas relativamente horizontales al interior de cada recinto. También hay señas de senderos para facilitar el acceso entre las estructuras. En el interior de estos hay abundante fragmentación de cerámica decorada y sin decorar. También son comunes manos, metates y morteros. Las basuras y otros restos de ocupación fueron arrojadas al exterior de las estructuras, dispersándose sobre el talud.

Se recuperó y clasificó una muestra que incluye principalmente fragmentos de cerámica decorada y no decorada provenientes de los sectores este y oeste del poblado, de acuerdo a una división arbitraria de la muestra. En la plataforma artificial de un recinto ubicado en la parte central del poblado se practicó un pozo de sondeo de 1 m² y 90 cm. de profundidad. El relleno de arena y piedras incluye, sin lugar a dudas residuos de ocupaciones previas, lo que deja en evidencia la superposición de más de una ocupación. Entre los restos inventariados se cuentan fragmentos de cerámica sin decorar, huesos de camélidos y roedores, concha del Pacífico, una punta triangular estrecha, etc. (Tabla 2).

Tabla 2.

INDICADORES CULTURALES MISCELANEOS, POBLADO COCA Y
AREAS ALEDAÑAS ASOCIADAS A DISTINTOS SECTORES REGADOS
POR EL CANAL VILASAMANANI-SOCOROMA

Rasgo	Poblado Coca	Canal Quebrada Socoroma
Alisadores de Cerámica	2	
Tortero de Cerámica	2	1
Frag. Pala Lítica	1	
Lasca	1	
Esfera Proyectil Honda	1	
Frag. <i>Choromytilus chorus</i>	1	
Tumi Cobre Frag.	1	

La pequeña muestra recuperada en Coca es suficiente para verificar el carácter multi-étnico del uso y explotación del valle de Socoroma. Entre los fragmentos de cerámica decorada se distinguen 8 estilos bien reconocidos en el período prehispánico tardío. Los estilos asociados a los grupos yungas o costeros son: San Miguel, Pocoma y Gentilar; asociados a Saxamar, Chilpe, Inka local y un fragmento rojo sobre superficie ploma, representativos de los reinos altiplánicos, cabe señalar la presencia de un fragmento de un borde de jarro con decoración Cabuza y el típico protubero tiwanakoide en el borde superior del asa (Tabla 3). Se recuperó, también, fragmentos con decoración derivada del estilo Pocoma y que aparece asociada en otros sitios de la zona con componentes altiplánicos incanizados (Focacci comunicación personal). Esta transformación de los estilos clásicos de los yunga costeros

Tabla 3.

CLASIFICACION DE FORMAS Y ESTILOS DECORATIVOS, CERAMICA POBLADO COCA SECTORES OESTE Y ESTE

CATEGORIAS	COCA W						COCA E									
	Esc.	Jarrito	J. Glob.	Olla	Puco	S/I	Sub-Total	Esc.	Jarrito	J. Glob.	Jarro	Olla	Puco	S/I	Sub-Total	Total
Saxamar	3						3	3							3	6
Gentilar	1	1					2			2					2	4
Chilpe	6		5	3	12	4	30	14							14	44
Pocoma			8			2	10	1		13				1	15	25
Cabuza											1				1	1
Inka Local				1			1			1?		1?			2	3
San Miguel			1				1	1	1						2	3
Rojo/Plomo								1?			1?				2	2
Total							47								41	88

preinka, muestran el proceso de hibridación y desarticulación sufrida por estas poblaciones durante el período de dominación inka. Previo al período Inka estas poblaciones yunga y altiplánicas, en cambio, pudieron mantener posiciones políticas más independientes en tanto compartían derechos sobre los recursos de la vertiente occidental de los Andes.

El proceso de interacción entre las etnias yunga y altiplánicas pudo iniciarse hacia el final del período Tiwanaku, a juzgar por el fragmento de cerámica Cabuza, que ha sido datada en el valle de Azapa en ca. 1.100 d.C. Este representa un límite temprano plausible para el inicio de la explotación del valle de Socoroma con sofisticados sistemas de irrigación como el que se presenta en este trabajo.

DISCUSION Y CONCLUSIONES

Los datos arqueológicos y etnohistóricos presentados se analizan en relación con la transformación de las estructuras políticas de los grupos étnicos que disputaron derechos y espacios productivos en la costa y valles altos de Arica. Ambas fuentes analizadas en conjunto permiten establecer, a modo de hipótesis, algunos lineamientos de la configuración política y étnica durante el período tardío (Intermedio Tardío) en el área Centro Sur Andina (ca. 1.000–1.500 d.C.).

Considerando la envergadura y complejidad del canal y el tipo de cerámica descrita, recolectada en los sectores poblacionales de Coca y Cerro Jarizmallá como en otros puntos del sistema hidráulico, permitirían sugerir que la obra fue desarrollada durante más de una época cultural. Tal como se observa hoy día, ésta no es el resultado de un proyecto simultáneo, sino más bien representa distintas etapas de una obra que fue ampliándose en respuesta a presiones de tipo ambientales, poblacionales y políticas.

Una primera etapa, habría correspondido a la construcción del canal Vilasamanani–Socoroma durante la época de florecimiento de los cacicazgos locales costeros, cuya posición cronológica relativa temprana, se determina por la posición estratigráfica de los tipos de pastas seriados asociados a estos estilos.

En esta primera etapa ubicada temporalmente entre 1.000–1.350 d.C. habrían coexistido una población de origen costera o yunga y otra altiplánica. Las etnias costeras estarían representadas por los estilos cerámicos San Miguel, Pocomá y Gentilar, cuyas evidencias se reconocen tanto en los sectores habitacionales cerro Jarizmallá, Coca y “Pueblo Perdido”, como así también en diferentes sectores de las andenerías servidas por el sistema hidráulico. La otra etnia, de origen altiplánico, habría sido portadora del estilo cerámico Chilpe y negro sobre rojo, que también se presenta mayoritariamente en los distintos sectores que componen la obra hidráulica (Tablas 1 y 3). La ubicación temporal se confirmaría por las evidencias estratigráficas de Playa Miller y Camarones. En este último sitio, los estilos cerámicos mencionados han sido datados sincrónicamente hacia el 1.200 d.C. Las evidencias preliminares obtenidas en Socoroma no permiten, como en el caso de Camarones, establecer el carácter de la interacción espacial entre las etnias costera y altiplánica. Sin embargo, esta asociación de costeros y altiplánicos en épocas preincaicas, no sólo se repite en Camarones y Socoroma, sino también en muchos otros sectores de la región, teniendo como denominador común la acentuación de los dispositivos de defensa. ¿Cuál fue la relación que se estableció entre costeros y altiplánicos antes del Inka? ¿Se puede aceptar, sin crítica, la existencia de una situación de dominancia y relaciones de reciprocidad asimétrica entre altiplánicos y costeros?

La distribución espacial de los estilos decorativos pertenecientes a los Yunga no sólo en la costa sino también en los valles cordilleranos e incluso en la franja oeste de la alta puna (ver nota 2), demostrarían que durante este período los señoríos yungas gozaban de cierta independencia política, que les permitía tener el control, compartido con otras etnias, del territorio entre Ilo y Tarapacá. El soporte de este florecimiento cultural y político local habría demandado una mayor y más segura producción de recursos de todo tipo, incentivando la introducción de innovaciones tecnológicas, para mejorar o incorporar nuevos territorios productivos, como habría sido el caso del valle de Socoroma, cuya explotación en escala mayor requería de obras complejas de ingeniería hidráulica para aumentar la disponibilidad de agua.

Lumbreras (1974) ha sugerido que las poblaciones costeras eran “totalmente dependientes del altiplano del Titicaca, aún cuando mantenían rasgos particulares, quizá ligados a un desarrollo más bien marítimo que agrícola” (Lumbreras 1974: 74). Más tarde ha afirmado que esta difícil región de los desiertos y oasis del Area Centro Sur Andina habría sido colonizada por poblaciones altiplánicas que convivían con “pescadores primitivos”, como los llamados Changos, que al parecer estaban sujetos a un trato servil similar al de los Uros del “lago Titicaca” (Lumbreras 1981: 261). Junto con subestimar el desarrollo tecnológico y político de las poblaciones costeras, Lumbreras concluye que “la región sólo fue una fuente generadora de bienes y materia prima para los centros de poder” localizados en el altiplano (Ibid: 262). Rostworowski (1986) llega a conclusiones similares pero sobre consideraciones políticas más que ecológicas y afirma que la falta de un centro de poder fuerte en los llanos no permitió hacer frente a las poblaciones altiplánicas (Ibid: 128).

El modelo de control de los reinos altiplánicos incanizados es una situación cierta para el período de contacto europeo, evidenciado en el caso de los Lupaca (Murra, 1972) y, ahora con mayor predominancia de los Caranga (Hidalgo, 1986; 1987). Este modelo de dominación Inka que efectivamente permitió a los reinos altiplánicos controlar recursos y poblaciones de las tierras bajas se ha aplicado sin cambio a todo el período tardío post-Tiwanaku, postura que no ha sido constatada arqueológicamente (Lumbreras, 1974; 1981; Rostworowski, 1986). Sin embargo, este tipo de interpretación se contradice con la data etnohistórica y el nuevo análisis de las fuentes arqueológicas. A nuestro juicio es mucho más plausible ahora la predicción de Murra (1972) cuando establecía que: “Es tentador predecir que tal “control de verticalidad de un máximo de pisos ecológicos” no se refiere simplemente a una sola etnia sino a una red de contradictorios reclamos, ajustes temporeros, tensiones, luchas y treguas entre varios núcleos regionales que compartían un mismo ideal” (Murra 1972: 435). A nuestro juicio la situación de dependencia relatada en la visita de Chucuito (García Diez de San Miguel 1964 [1564]; Lumbreras y Amat 1968: 90) es la que ha promovido el error de suponer que esta situación se mantuvo sin cambios desde épocas post-Tiwanaku.

Los estudios etnohistóricos conducidos por el segundo autor de este trabajo, han permitido reconocer un mayor desarrollo de los grupos étnicos costeros, quienes desde épocas post-Tiwanaku hasta la irrupción del Inka, habrían establecido una unidad territorial circunscrita a la costa, valles bajos y valles cordilleranos entre Ilo y Tarapacá, donde compartieron derechos territoriales con grupos étnicos altiplánicos. El intento de los yunga costeros por detener la presión ejercida por los reinos altiplánicos, se ve reflejada en la cadena de pukaras y poblados de altura localizados en las cabeceras de los valles occidentales, lo que habla más bien del clima de beligerancia y de acuerdos políticos y territoriales que debían defenderse militarmente (v.gr., pukaras, aldeas y refugios de cumbre). Tampoco no debería descartarse.

la posibilidad que varias de los pukaras construidos en las tierras bajas reflejen el clima de contradicción que se vivía al nivel de las cabeceras de los reinos altiplánicos, quienes no sólo trataban de defender sus colonias en la periferia de los altiplánicos sino también de presiones que pudieron ejercer los propios yunga costeros.

El clásico estilo regional de Arica (San Miguel, Pocoma y Gentilar) no sólo presente en la cerámica, sino también en la textilera (Ulloa 1981) alcanzó sofisticada complejidad tecnológica y ornamental junto a otras tecnologías elaboradas en cestería, pirograbados, etc. Estos componentes culturales se distribuyen sistemáticamente entre Ilo y Tarapacá, lo que permitiría sugerir que los portadores de esta cultura material fueron mucho más que simples servidores de los señores altiplánicos. Se sugiere (Rostworowski 1986; Hidalgo 1986) que estas poblaciones yunga, del Horizonte Tardío, se habrían organizado políticamente en un sinnúmero de cacicazgos de distintas extensiones, sin que llegaran a constituir una unidad política durante el estado Inka; pero se reconoce que en conjunto estos cacicazgos yunga demarcaban un territorio en los valles del Colesuyu, cuyos lazos políticos previos a la incanización debieron ser distintos. Este espacio se relaciona con la distribución de los estilos arqueológicos San Miguel, Pocoma y Gentilar. Hidalgo (1978; 1986) ha sugerido que estos cacicazgos yunga, durante el período pre-Inka, habrían tenido un nivel confederado de organización política que les habría permitido mantener su unidad étnica a través de acuerdos políticos, prescindiendo de un poder central para hacer frente (presencia de pukaras y aldeas defensivas a lo largo de los valles altos y la costa) a la presión de los poderosos reinos altiplánicos. Con los inka los reinos altiplánicos habrían terminado por doblegar políticamente a los grupos costeros, cuya debilidad demográfica les habría impedido seguir enfrentando en igualdad de condiciones a los reinos altiplánicos incanizados.

La presencia e impacto del Inka en Socoroma representa una segunda etapa de ocupación y manejo del valle iniciado hacia ca. 1450 d.C. A partir de ese momento habría surgido la necesidad, no sólo de controlar los espacios previamente cultivados con riego tecnificado, sino también habilitar nuevas andenerías y canales. Otras obras civiles, como caminos, aldeas, tambos, colcas, etc. muestran la penetración inka a través de los reinos altiplánicos, cuyos ejemplos se han estudiado en Belén y Zapahuira (Dauelsberg, 1983; Muñoz, et al., 1988 Ms.). La mayor necesidad de agua requerida por la agricultura y actividades domésticas, para suplir las nuevas demandas estatales y de la comunidad local, habría coincidido con una disminución natural del potencial de las vertientes de la cordillera, como la de Tininumaña actualmente seca, como efecto de una declinación de las reservas dejadas por el último avance glacial (ca. 1.200 d.C.). Consecuentemente, parece oportuno sugerir que ante una crisis eventual se construyó el canal intervale Jurasi-Socoroma que junto con habilitar nuevas terrazas de cultivos en la quebrada de Aroma y ladera norte de Socoroma, permitió mantener las terrazas que tradicionalmente se regaban en la ladera sur con el canal Vilasamanani-Socoroma.

A partir de este impulso tecnológico, los peores efectos de la penetración inka, se habrían hecho sentir en la estructura política que anteriormente relacionaba de manera más simétrica a los reinos altiplánicos con los grupos costeros. Estos últimos habrían pasado a depender de una estructura mayor que perduró hasta la llegada de los españoles. Al mismo tiempo, los cacicazgos yunga pierden su capacidad para fabricar las elaboradas artesanías propias de su cultura. Los rasgos arqueológicos de la región muestran una notable simplicidad en los estilos decorativos distribuidos por el Inka (Focacci, 1969; Ulloa, 1981).

Las conclusiones de los datos presentados no son definitivos. Hace falta continuar observando con mayor detención los datos arqueológicos en relación a los etnohistóricos, ya que ambas fuentes analizadas separadamente no han permitido visualizar la compleja configuración étnica previa a la conquista Inka. El peso de su estructura política aparece determinando una situación de dependencia de los cacicazgos yunga en relación a los reinos altiplánicos sin variaciones desde épocas post-Tiwanaku (ca. 1.000–1.200 d.C.).

San Miguel de Azapa, Agosto 1988.

NOTAS:

- 1) Investigación realizada en el contexto del proyecto CONICYT 105/87: "Historia de los pueblos andinos de Arica, Tarapacá y Atacama: Las bases económicas, demográficas y la organización política". El primer autor agradece al Dr. Jorge Hidalgo su gentil invitación a participar en dicho proyecto, como así también reconoce el significativo aporte de sus datos etnohistóricos inéditos sobre Socoroma y la discusión general de los mismos, en relación al proceso de articulación y desarticulación de los cacicazgos locales y reinos altiplánicos incanizados. Esperamos que este artículo sea un buen comienzo para la vieja aspiración de unir estrategias etnohistóricas y arqueológicas, para comprender la historia de los pueblos andinos que habitaban la región al momento de la conquista española. También se reconocen los comentarios de Lautaro Núñez y la labor editorial de Patricia Arévalo y Eugenia Rosello.
- 2) Recientemente, el primer autor ha descubierto un poblado de altura, ubicado en el altiplano occidental, en la localidad de Visviri (4.300 m.s.n.m.). Se asocian en superficie fragmentos de cerámica de origen costero San Miguel y Gentilar y de origen altiplánico Chilpe y Saxamar. Este sitio demostraría que los grupos costeros no estuvieron constreñidos a los pisos más bajos de los valles cordilleranos y costeros durante el período tardío pre-inka.
- 3) Los datos se derivan del título de encomienda de Lope de Mendieta otorgado por Francisco Pizarro en 1540 (A.G.I. 658), comentados por Murra (1978); Riviere (1982); Hidalgo (1986).
- 4) Percy Dauelsberg en 1986 excavó un cementerio en el valle de Lluta donde rescató una momia que presenta esta mezcla de rasgos. Actualmente se exhibe en el Museo de San Miguel de Azapa. El informe de la excavación no ha sido aún publicado.
- 5) Sin embargo, no puede dejarse de lado la hipótesis que la territorialidad de la provincia de Arica pudo corresponder al territorio de los yunga que hemos identificado con la cerámica de Desarrollo Regional (San Miguel, Gentilar).
- 6) Cañas (1884-1901) señala la existencia de un canal en la quebrada de Tarapacá "de tiempos inmemoriales". Este canal de unos 25 kms. de largo regaba la parte baja de la quebrada que cuenta con escasos recursos de agua. Núñez (1972: 13)

sugiere que dicho canal “puede ser de data prehispánica tardía” hecho que habría permitido sostener densas comunidades entre Pachica y Huarasiña. Las obras de regadío y terrazas señaladas por ambos autores podrían corresponder a las observaciones de Bibar en el siglo XVI.

BIBLIOGRAFIA

BIBAR, Gerónimo de

1966 - [1558] - Crónica y Relación Copiosa y Verdadera de los Reinos de Chile. Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina. Santiago.

BIRD, Junius

1943 Excavations in Northern Chile. Anthropological Papers of the American Museum of Natural History Vol. XXXVIII, Part IV. New York.

CAÑAS Pinochet, A.

1884 Departamento de Pisagua. Imprenta El XXI de Mayo. Iquique.

1901 Agricultura de la Provincia de Tarapacá.

DAUELSBERG, Percy

1983 Investigaciones arqueológicas en la Sierra de Arica, sector Belén. Chungará 11: 63-83.

DIEZ DE SAN MIGUEL, Garcí

1964 - [1567] - Visita Hecha a la Provincia de Chucuito por Garcí Diez de San Miguel en el año de 1567. Versión Paelográfica de Waldemar Espinoza Soriano. Casa de la Cultura. Lima.

FOCACCI, Guillermo

1969 Arqueología de Arica. Secuencia cultural del Período Agroalfarero. Actas V Congreso Nacional de Arqueología, pp. 21-25. Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. La Serena.

HIDALGO, Jorge

1978 Revisita en los Altos de Arica en 1750. Universidad del Norte. Arica.

1985 Proyectos coloniales inéditos de riego del desierto: Azapa (Cabildo de Arica, 1619); Pampa Iluga (O'Brien, 1765) y Tarapacá (Mendizabal, 1807). Chungará 14: 183-222.

1986 Indian Society in Arica, Tarapacá y Atacama, 1750-1753, and its Response to the Rebellion of Tupac Amaru. Ph.D. Thesis. University of London.

1987 Cacicazgos del sur occidental andino: Origen y evolución colonial. Chiefdoms in the Americas, editado por R.D. Drennan y C. Uribe pp. 289-297. University Press of America, Maryland.

HIDALGO, Jorge y Guillermo FOCACCI

1986 Multietnicidad en Arica, S. XVI. Evidencias etnohistóricas y arqueológicas. Chungará 16-17: 137-147.

HIDALGO, Jorge; P. AREVALO, M. MARSILLI y C. SANTORO

1988 Padrón de la Doctrina de Belén en 1813: Un caso de Complementariedad Tardía. Documento de Trabajo Nº 4. Universidad de Tarapacá.

KLOHN, W.

1972 Hidrogeografía de las Zonas Desérticas de Chile. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Proyecto CHI-35. Santiago

LLAGOSTERA, Agustín

1976 Hipótesis sobre la expansión incaica en la vertiente occidental de los Andes Meridionales. Homenaje al Dr. Gustavo Le Paige S.J. Editado por H. Niemeyer pp. 203-218. Universidad del Norte. Antofagasta.

LUMBRERAS, L. Guillermo

- 1974 Los reinos post-Tiwanaku en el área altiplánica. *Revista del Museo Nacional de Lima* Tomo XL: 55-85.
- 1981 *Arqueología de la América Andina*. Editorial Milla Batres. Lima.

LOZANO MACHUCA, Juan

- 1965 - [1581] - Carta del factor de Potosí al Virrey del Perú en donde se describe la provincia de los Lipés. *Relaciones Geográficas de Indias Perú II*, Biblioteca de Autores Españoles Vol. 184, editado por Marcos Jiménez de la Espada pp. 59-63. Madrid.

LUMBRERAS, L. Guillermo y Hernán AMAT

- 1968 Secuencia arqueológica del altiplano occidental del Titicaca. *Actas y Memorias XXXVII Congreso Internacional de Americanistas Vol. II: 75-106*. Buenos Aires, Argentina.

MUÑOZ, Iván; J. CHACAMA; G. ESPINOSA y L. BRIONES.

- 1988 La ocupación prehispánica tardía de Zapahuira y su relación a la organización económica y social Inca. *Chungará 18* (En prensa).

MURRA, John V.

- 1972 El "control vertical" de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas. *Visita de la Provincia de León de Huanuco (1562) Iñigo Ortiz de Zúñiga, Visitador, Tomo II pp. 429-476*. Universidad Hermilio Valdizan, Huanuco.
- 1986 Notes on pre-Columbian cultivation of coca leaf. *Coca and Cocaine, Cultural Survival Report 23*, editado por D. Pacini y C. Franquemont pp.49-52. Cambridge, Massachusset.

NETHERLY, Patricia

- 1984 The management of late andean irrigation systems on the north coast of Perú. *American Antiquity 49: 227-254*.

NIEMEYER, Hans; V. SCHIAPPACASSE e I. SOLIMANO

- 1972 - 1973 - Padrones de poblamiento en la quebrada de Camarones (Prov. de Tarapacá) (estudio preliminar que corresponde al sector medio y superior del valle). *Actas del VI Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Boletín de Prehistoria Volumen Especial: 115-137*. Universidad de Chile, Santiago.

NUÑEZ, Lautaro

- 1972 Cambios de Asentamientos Humanos en la Quebrada de Tarapacá - Norte de Chile (Esquema Interdisciplinario). *Serie Documentos de Trabajo Nro. 2. Programa de Arqueología y Museos, Universidad de Chile. Antofagasta*.

ORTLOFF, C.R.

- 1981 *Ingeniería Hidráulica Chimú. La Tecnología en el Mundo Andino: Runakunap Kawsayninkupaq Rurasgankunaga Vol. I, Subsistencia y Mensuración*, editado por H. Letchman y A.M. Soldí pp.91-134. Universidad Nacional Autónoma de México, México.

ORTLOFF, C.R.; M.E. MOSELEY y R. FELDMANN

- 1982 *Hydraulic Engineering Aspects of the Chimú Chicama-Moche intervalley canal*. *American Antiquity 48: 375-389*.

OSORIO, Alfonso y C. SANTORO

- 1987 *Trasvase prehispánico Vilasamanani-Socoroma, norte de Chile*. *IDESIA 10* (En prensa).

POZORSKI, Thomas y S. POZORSKI

- 1982 *Reassessing the Chicama-Moche intervalley canal. Comment on the "Hydraulic Engineering Aspects the Chimú Chicama-Moche intervalley canal"*. *American Antiquity 47: 851-868*.

ROSTWOROWSKI DE DIEZ CANCECO, María

1986 La región del Colesuyu. *Chungará* 16-17: 127-135.

SANTORO, Calogero

1983 Camino del Inca en la Sierra de Arica. *Chungará* 10: 39-46.

SANTORO, C. e I. MUÑOZ

1981 Patrón habitacional incaico el área de Pampa Alto Ramírez (Arica, Chile). *Chungará* 7: 144-171.

STANISH, Charles

1986 Zonal complementarity in the Moquegua valley. Symposium: Programa Continsuyu: Regional Archaeology in Southern Perú. 51st Annual Meeting of the Society for American Archaeology. New Orleans (Manuscrito).

TRELLES, A. Efrain

1982 Lucas Martínez Vegazo: Funcionamiento de una Encomienda Peruana Inicial. Fondo Editorial, Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima.

ULLOA, Liliana

1981 Estilos decorativos y formas textiles de poblaciones agromarítimas, extremo norte de Chile. *Chungará* 8: 109-136.